

MIS INICIOS, MIS PROCESOS Y MI SITUACIÓN HOY

Blanca Margarita de la Cruz Domínguez ¹

Introducción

Este texto es una narrativa sobre como inicié en la docencia, mi formación académica en la escuela normal, la cual cursé con muchas carencias, pero con mucho ánimo para llegar a ser profa. de Educación Primaria. Comenzaré con el primer lugar en el que empecé a laborar en 1987, las peripecias que pasé en un lugar marginado y el cómo me adapté a las condiciones de este. Abordaré las experiencias vividas en el tiempo en que fui maestra de grupo por 24 años y mi preparación académica. Al mismo tiempo, los logros y las dificultades que tuve para poder ejercer mi función; también mencionaré cómo fue mi trabajo como directivo por 10 años, en el que experimenté miedos, fracasos y satisfacciones. Por último, hablaré sobre mi escasa experiencia de 2 años como supervisora escolar para lo cual me preparé para poder estar a la altura de las necesidades de mis compañeros directivos y docentes y así lograr un impacto en la formación integral de los niños como lo demandan los principios de la Nueva Escuela Mexicana.

Mi formación docente comenzó en 1983 cuando presenté el examen en Centro Regional de Educación Normal (CREN) de Tuxpan, Ver., y conseguí ingresar a esta escuela. Aunque en la lista de aceptados era de las últimas en puntaje, mi papá decía que lo importante era pasar; que ya estando ahí, le pusiera mucho empeño para mejorar esa posición. Por ello, me propuse ser de las diez primeras y con mucho trabajo lo logré. Ahí pase 4 años difíciles; no por el trabajo

¹ Supervisora escolar 250, Tempoal, Veracruz. Sector Educativo 03 de Tantoyuca, y Doctorante en Educación por el CEVECP.

académico sino por las carencias económicas, pues en tiempos de frío, no contaba con la ropa adecuada y por lo tanto sufría mucho de frío, y a eso le agrego que mis zapatos se humedecían por el agua de la lluvia; tampoco comía bien pues solo me alcanzaba para desayunar unas galletitas y eso era todo lo que comía de 7:00 a 14:00 h. Fueron tiempos difíciles, pero también hermosos ya que mis compañeros eran de la misma edad que yo, de entre 14 a 16 años; tal vez por eso teníamos una relación de hermandad y todos nos apoyábamos mucho. Por mencionar un ejemplo: en matemáticas teníamos un maestro que tenía poca didáctica para enseñar, pero en mi grupo, contábamos con compañeros muy buenos en esta área y nos poníamos de acuerdo para practicar los problemas que se planteaban en clase. El bueno se llamaba Tomás y a los primeros que le entendíamos nos asignaba una fila de compañeros para apoyar y revisar el correcto procedimiento y como resultado, en mi grupo nadie reprobó matemáticas. En cambio, en los demás grupos reprobaban más de la mitad del salón e incluso muchos alumnos de la normal se dieron de baja por este motivo.

Por eso digo que éramos muy unidos; eso me hacía sentir seguridad porque sabía que contaba con ellos y teníamos ratos de juego que aportaban a mi bienestar emocional muy a pesar de las deficiencias económicas.

Al término de la Normal Básica, fui a la ceremonia oficial pero no a los convivios porque no tuve para cooperar y no quise comentarles a mis compañeros pues no quería que cooperaran por mí, ya que todos teníamos muchos gastos. Lo importante fue que pasé mi examen profesional por unanimidad y con felicitaciones; ya con eso era más que suficiente.

En el año 1987 egresé como profesora normalista de educación básica; me trasladé a la ciudad capital del estado: Xalapa. Ahí nos tuvieron dos semanas porque teníamos que hacer los trámites en la Secretaría de Educación en Veracruz (SEV); recibí mi nombramiento para ejercer la profesión y, en septiembre del mismo año comencé a trabajar en una escuela primaria rural marginada llamada “Pensador Mexicano” en donde se hablaba el náhuatl.

Aclaro que, durante mi estancia en la normal, jamás nos mencionaron sobre la posibilidad de encontrarnos con estas características de la comunidad. Por esta razón para mí fue muy desalentador encontrarme en esta escuela donde no había luz ni agua para beber, además de que no podía hablar con la gente. En ese momento, me sentí muy mal y me puse a llorar y me regresé a casa, cabe mencionar que tan solo tenía 19 años. Llegué con mi papá a decirle que yo ya no iba a ir al rancho. Mi padre era docente y director de una escuela primaria; además, contaba con mucha paciencia y me dijo: “¿Qué piensas hacer, mamita? ¿A qué te vas a dedicar? ¿Quieres estar en casa? ¿Te dedicarás a las labores del hogar? Entonces, ¿para qué estudiaste? Contesté: “es que este feo; no le entiendo a los niños y ellos tampoco a mí, no hablamos el mismo idioma; la gente no habla conmigo y me caí porque las veredas son muy estrechas y con mucha inclinación pues están en los cerros”.

Mi padre me abrazó y me dijo: “mira, mamita, todos hemos sufrido en los primeros años de trabajo. En poco tiempo, te podrás cambiar a un lugar mejor pero ahora tienes que irte allá para ir haciendo tu historia; verás que después te va a gustar mucho la comunidad; los niños te van a querer mucho y tú a ellos.” Tuve la noche para reflexionar sobre lo que iba hacer con mi vida y pensaba que no me iba gustar jamás el rancho; pero que a los niños sí los iba a querer pues ya había visto sus caritas y sabía que necesitaban a su maestra. Y me regresé a la comunidad un poco triste pero ya decidida a quedarme y en la mente las palabras de mi padre: “ve a hacer tu historia”.

El director de la escuela y su esposa me apoyaron mucho, ya que ellos sí podían hablar en náhuatl; se comunicaban muy bien con los padres de familia y con los estudiantes. Ellos, al comenzar la primaria solo hablaban su lengua materna y aprendían el español entre el segundo y el tercer grado de primaria. Pues bien, como me asignaron tercero, comenzó mi trabajo para entender y darme a entender con los niños. Por suerte, descubrí que había uno llamado Isaac cuya madre trabajaba en la Cd. de México y le había enseñado el español, así que sí podía comunicarme con él. Pronto

este niño se convirtió en mi traductor; yo le decía lo que quería que les dijera a sus compañeros y él se los comunicaba. Por ejemplo, les decía: *chimosegui conemetl ne Maestra* = siéntense niños, dice la maestra.

En ese tiempo se hablaba de la necesidad de cambiar el modelo educativo tradicional por la Reforma Educativa; pero ¿cómo podía haber modernización en esas comunidades tan olvidadas si los niños ni cuaderno llevaban? A duras penas un pedazo de lápiz (los más cumplidos). Lo que yo hacía era llevar hojas revolución que eran más económicas. Las doblaba a la mitad y les hacía un pequeño cuaderno para trabajar. Sin embargo, puedo decir que los alumnos no aprendían mucho, aunque le dedicábamos todo el día de clase pues el horario era de 8:00 a 13:00 h.

Nosotros los docentes citábamos a los alumnos en la tarde porque no teníamos nada que hacer puesto que no había televisión ni otras distracciones; solo el director tenía un radio con baterías y un quinqué. Yo daba luz a mi cuarto con veladoras para que los murciélagos no me mordieran. A pesar de todo esto, disfrutaba de estar con los niños, los cuales me enseñaban algunas palabras como el saludo de la mañana: *piali* = buenos días, *yeyetzi* = bonita. Poco a poco fui adaptándome a la comunidad. Sin embargo, había mucho rezago educativo ya que los niños reprobaban los cursos completos. Había casos de niños que hacían tres o cuatro años en el mismo grado. Por ejemplo, en sexto grado había jóvenes de 15 y 16 años; como existía una extrema pobreza, solo se alimentaban de chile y tortillas, solo una vez al mes comían frijoles y eso con mucho caldo con pemuches, nopales o *jacubes* (en algunos lugares les llaman crucetas) para que rindieran y alcanzara para todos los miembros de la familia.

Cuando salía de la congregación para cobrar mi pago (cada mes), tenía que caminar dos horas por unos cerros donde solo había veredas, esto en Xochimilco, Ixhuatlán de Madero, Ver. Una vez, me sucedió algo muy triste: un señor quiso abusar de mí, pero tuve la fuerza para defenderme y lo empujé. Como había tierra suelta, se cayó al barranco y yo aproveché para correr. Esta mala

experiencia marcó mi vida. Aunque solo tocó parte de mi cuerpo, para mí fue una tragedia muy grande que no podía superar e incluso pasaron por mi mente sentimientos de venganza...Por supuesto que no regresé a la comunidad pues recibí apoyo de mi supervisor cambiándome a una escuela más accesible donde solo caminaba media hora, pero ahora, acompañada de un maestro y dos maestras que trabajaban por el mismo rumbo. Ahí ejercí mejor mi profesión.

Ya que mi idea era trabajar en nivel secundaria, me puse a estudiar en la Normal Superior en la Cd. y Puerto de Veracruz en cursos de verano y en la UPN (Universidad Pedagógica Nacional) los sábados en Poza Rica, pues los docentes que habíamos egresado como profesores debíamos tener el perfil de licenciatura. Por esta razón, consideré pertinente cumplir con las exigencias del sistema. Además, a mí me gustaba estudiar, ya que tuve el buen ejemplo de mi padre que se la pasaba estudiando a pesar de que tenía que mantener a ocho hijos (mis hermanos: 5 mujeres y 3 hombres).

Así, concluí mis estudios de licenciatura en español y licenciatura en educación. Sin embargo, no pude ejercer en nivel medio porque cuando me ofrecieron unas horas en una secundaria técnica, la compatibilidad no se ajustaba a la plaza matutina que tenía y no pude trabajar en ambos lados. No obstante, me sirvió mucho para mejorar mi trabajo docente en la atención a los grados de quinto y sexto grado, ya que para 1994 yo estaba en una escuela completa en zona urbana donde los grados superiores eran atendidos por áreas. A mí me correspondía dar español y ciencias naturales en esos grupos. Esta era una escuela completa llamada "Ignacio Manuel Altamirano" ubicada en el municipio de Tepetzintla, Ver., contaba con 17 profesores de grupo, el maestro de Educación Física, el apoyo de (USAER) Unidad de Servicio y Apoyo a la Escuela Regular, intendencia y directivo efectivo.

Mi práctica docente era apegada al ANMEB (Acuerdo Nacional para la Modernización Educativa), recibía cursos de manera presencial y recuerdo que en este tiempo nos reunían a los profesores del sistema estatal y federal para actualizarnos. Y así, poder abatir

el rezago educativo con programas como el PARE (Programa para Abatir el Rezago Educativo). Me parecía enriquecedor para fortalecer mi trabajo todo lo que ahí se compartía como las estrategias, materiales, metodología, etc. Recuerdo que había unos cuadernillos muy buenos para fortalecer la lecto-escritura y los usé con los niños en segundo grado, con 31 alumnos, que aún no habían consolidado la lectura y escritura. Con eso logré que de los 6 casos que tenía, todos pudieran leer y escribir al final del curso y entregué a tercero, un grupo que escribía y leía, pero sobre todo lo comprendía.

Tuve la fortuna de tener a estos niños en quinto y sexto grado, lo que me permitió darme cuenta de que eran niños que comprendían lo que leían. Ya en la olimpiada de conocimiento infantil mis dos alumnas participantes obtuvieron el primero y segundo lugar a nivel zona y aunque un examen no define todo el aprendizaje de un alumno, este aspecto fue un dato que me causó, en ese momento, mucha satisfacción y me motivaba para seguir mejorando mi trabajo. Y así transcurrieron varias generaciones en las que daba todo mi tiempo y amor a mis alumnos pues, como no había podido tener hijos, ellos eran como mis hijos; sus triunfos eran mío. Así lo sentía y esto me motivaba a seguir buscando estrategias novedosas para mis queridos alumnos.

Para el año 2000, el director de la escuela murió a causa de un cáncer y algunos profesores se jubilaron. Y ahí empezó una etapa difícil; pues el director nuevo tenía muchas áreas de oportunidad; tenía malos hábitos, era prepotente y autoritario. Sin embargo, con sus amigas sí era complaciente y se la pasaban en el café perdiendo el tiempo. Eso me hacía sentir muy incómoda, pero no quería tener problemas con nadie. Por eso opte por aislarme. Cumplía con lo solicitado por el director en cuanto a lo administrativo y, en cuanto a lo pedagógico me preparaba para mis clases apoyándome de herramientas como la Enciclomedia en quinto y sexto grado que se habían instalado durante el gobierno de Vicente Fox. Para mí era de gran apoyo; además pedí que me instalaran el encarta en la computadora. Era muy novedoso trabajar con esta herramienta pues me apoyaba de videos, para ejemplificar los

contenidos planteados en el programa de estudio y contábamos con un pizarrón interactivo donde los alumnos pasaban a resolver problemas matemáticos o ejercicios de las diferentes materias; incluso teníamos inglés. Cabe mencionar que en esta asignatura aprendía junto con los alumnos y contábamos con un libro de texto de inglés. Mi gran sorpresa era que todos los niños tenían 10 en el examen de inglés, tal vez porque les gustaba mucho o por el sistema didáctico como se planteaba.

También tuve en lo personal buenas noticias, pues en 2001 nació mi hija que llegó por sorpresa cuando ya pensaba que no sucedería, pero tuve muchos problemas de salud. Esto hizo que dejara la escuela casi por 5 meses porque permanecí internada en el hospital. A mi regreso le dediqué mi tiempo a la escuela y mi hija; esperé que creciera para seguir preparándome ya que era necesario pues los tiempos cambiaban y las necesidades aún más. En 2010, comencé mi maestría. Me llevaba a mi hija conmigo; ella permanecía dentro del aula, pero se la pasaba dibujando y coloreando; la verdad no causaba ningún problema. Mis compañeros y facilitadoras decían “ni parece que este una niña con nosotros”. A veces la hacían participar leyendo las diapositivas; así transcurrió mi paso por la maestría y la terminé en 2012.

Después, se presentó la oportunidad de recibir una clave efectiva para dirección de una escuela primaria cerca de la cabecera de zona, para ser exacta a 5 minutos la escuela de nombre “Cuauhtémoc” Tecomate, Tepetzintla, Ver. Allí tuve la fortuna de tener un gran equipo de trabajo: profesores comprometidos con su formación y actualización docente; en él correspondía implementar el plan y programa 2011.

Aquí pretendí ser la directora que me hubiera gustado tener; primero que nada me puse a buscar cuáles eran las funciones de un director; lo cual me sirvió para ubicarme en lo que necesitaba la escuela; en lo pedagógico el acompañamiento que debía dar a mis compañeros docentes; en la comunidad las orientaciones a los padres de familia para que apoyaran a sus hijos en las actividades promovidas por la escuela y que se diera un cambio

en la comunidad; en cuanto a infraestructura derivar las ruinas que había como aulas y que representaban un peligro para los niños.

No fue fácil pues me encontré con padres apáticos; me pasé noches sin dormir pues tenía madres de familia de carácter muy fuerte que estaban predispuestas en contra de la escuela por múltiples decepciones y abusos recibidos; es por eso por lo que ya no creían en mí, ni en nadie. Confieso que llegué a tenerle miedo a una señora que era la líder de la comunidad y lo que ella decía, las demás lo aprobaban. Eso me provocaba estrés y ganas de regresarme a mi trabajo como docente donde mis niños me daban mucho cariño.

Pero ¿cómo podía lograr que los padres de familia participaran y colaboraran con la escuela? Primero, debía demostrar el trabajo con sus hijos (alumnos de la escuela), mejorar la puntualidad y asistencia de los docentes y directivos, proyectar actividades novedosas en la que participaran los alumnos tanto en la escuela como en la comunidad y hablar con personas claves para que apoyaran.

Así, poco a poco se dio un cambio radical. Se mejoró la infraestructura de la escuela gestionando apoyos del ayuntamiento y faenas de los padres. Lo mejor fue que nuestra escuela empezó a obtener los primeros lugares en todos los eventos promovidos por la zona escolar, por ejemplo: el concurso de escolta, cuentacuentos, oratoria, olimpiada del conocimiento infantil de sexto grado, e incluso, llegando nuestra alumna hasta los pinos a saludar al presidente de la república mexicana. Si bien esto no lo es todo, sí nos ayudó a que los padres creyeran en nosotros, y gracias al trabajo de equipo lo logramos.

Cuando llegó la pandemia por COVID-19, fue una etapa de muchas emociones. Primero pensé que sería por corto tiempo; después al ver que no era pasajero y que personas cercanas morían y no podía salir para despedirles por última vez; sentí miedo ante lo desconocido. Más aun porque no había vacunas y porque podíamos morir si se daba el contagio en nosotros. Tuve que aprender a usar Meet, Teams y Zoom para reunirme con mis compañeros y planear

cómo llegaríamos a los niños que no contaban con celular, que por cierto era la gran mayoría.

Pero yo disponía de tiempo, hacía las actividades de la casa y la escuela: se dejaba material impreso en una sede para los niños que no tenían dispositivo; se grababan audios o videos de las clases y se enviaban por Whatsapp. A pesar de todo, tenía mucho tiempo libre, lo que me ocasionaba ansiedad y estrés por tanto encierro. Por eso decidí ponerme a estudiar y a presentar un examen para promocionarme de manera vertical, solo para mantenerme ocupada y ¡oh, sorpresa! Lo aprobé obteniendo el número 1 en la lista de prelación y en enero 2022, recibo mi orden de presentación para Supervisión Escolar. Me enviaron a la zona del Totonacapan, Espinal, Ver. Zona Escolar 224, donde comencé con una nueva función parecida a la de directivo, pero con una responsabilidad mayor. Ahí tuve un jefe de sector bastante exigente, pero del que aprendí mucho respecto a la función. En cuanto a los compañeros de la zona escolar, me encontré con docentes muy comprometidos con su trabajo, considero que, en su mayoría, había casos aislados de compañeros con áreas de oportunidad, pero dispuestos a mejorar.

Con relación al equipo de asesores técnico-pedagógicos, tuve la fortuna de contar con dos compañeras y un compañero con los que hice un excelente cuarteto. Tan es así que cuando había que sacar un trabajo no nos importaba el tiempo; debo aclarar que se hacía de manera voluntaria por el compromiso y la responsabilidad.

Actualmente me encuentro en la Zona Escolar 250 de Tempoal, Ver., y la razón porque entré al doctorado en educación es para poder dar un acompañamiento eficiente y pertinente a mis compañeros que más lo necesiten. Pues en estos tiempos, el supervisor debe ser un líder pedagógico, asesorando y dando acompañamiento al docente como lo propone la NEM (Nueva Escuela Mexicana) para la mejora de las prácticas docentes, que impacten en el aprendizaje de los alumnos.

Está costando un poco que los docentes implementen al 100% el plan de estudios 2022 ya que existe un poco de resistencia de los que cuentan con más años de servicio porque se aferran a la metodología que consideran que les ha dado resultado por años, pero no me desanimo porque la gran mayoría de los docentes son jóvenes que están dispuestos a imprimir el trabajo por proyectos.

Como conclusión puedo decir que, durante 36 años de servicio, 24 los realicé frente a grupo; 10 como directivo y 2 como supervisora escolar como trabajadora perteneciente a la SEP y SEV. Debo reconocer que siempre he implementado los modelos educativos vigentes que sugiere la dependencia por lo que considero que solo he transmitido lo que el sistema ha considerado que es lo mejor para mi país.